

**Ciudadanía e historia oral:
vida, muerte y resurrección***

Gabriel Salazar V. Universidad de Chile - SUR Profesionales. Enero 1999

I

De acuerdo con la invitación que se me hizo llegar, voy a referirme al sentido, uso y proyecciones de la 'historia oral', en tanto metodología utilizada —no sin debate— por la llamada 'nueva historia'. Es decir: por esa línea de investigación que procura trabajar la historicidad en tanto existe en los actores vivientes de la 'baja' sociedad civil actual. Como un gerundio que integra dinámicamente pasado y presente en proyección de futuro.

No es fácil centrar la exposición en eso. No es fácil porque, en parte, se trata de una opción aparentemente nueva surgida de una matriz científica extraordinariamente vieja, y en parte, también, porque es un vástago de nuestro tiempo, que comparte con otros gemelos (idénticos, pero distintos) esa misma opción. Me refiero, con lo segundo, al hecho de que la historia oral de la 'nueva historia' es una herramienta semicolectiva, que se comparte, no sin cierto tironeo, con otras ciencias sociales: la antropología, la micro-sociología, la psicología social, etc., configurando ese paquete amplio y promiscuo —pero gratificante y fértil— llamado "metodologías cualitativas". De este modo, tal como ocurrió a comienzos del siglo XIX, la historia oral es hoy una opción metodológica que necesita desplegar una guerrilla lateral de definiciones 'contra' la vieja Historia, la nueva Sociología y las siempre cualitativas Antropología y Psicología Social, para crear un espacio y perfilar mejor su 'identidad' y su específico 'modo de operar'. ¿Es esto un resabio de las viejas contendas neokantianas de fines del siglo XIX, de las que brotaron, cual zonas de propiedad privada (*no trespassing!*) las ciencias sociales que hegemonizaron el siglo XX? ¿O es la lucha por sobrevivir de la nueva intersubjetividad?

En esta exposición haremos un recuento breve de la sorprendente y larga trayectoria de la 'historia oral'; dispararemos algunas andanadas identitarias a lado y lado para despejar el camino propio que para la 'nueva historia' abre este método, y concluiremos exponiendo testimonialmente las conclusiones que hemos derivado de la utilización propia de esta herramienta.

II

* Transcripción ampliada y corregida de una exposición presentada en el Seminario de Métodos Cualitativos realizado en el Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, en enero de 1997.

Como se sabe, la 'historia oral' surgió al mismo tiempo y en el mismo proceso que 'la' Historia. Más aún: puede decirse que la ciencia histórica no fue más, en sus comienzos, que lo que fue (y no fue poco) la historia oral. Pues ambas nacieron en el intento realizado por los pueblos de la Antigüedad Clásica para *perpetuar* los contenidos de su memoria social, especialmente los referidos a las hazañas, gestas y proezas efectuadas por ellos mismos, en tanto 'comunidad' (polis). Ciertamente, con el objetivo de mantener y reforzar 'su' identidad y 'su' poder.

La memoria de esos pueblos se perpetuó, primero, convirtiendo esos recuerdos en una red de transmisiones e intercambios *orales*. Es decir: en un 'logos' colectivo. Circulante. Comunalizado. La oralización comunal de la memoria fue, sin duda, la primera forma de objetivación y monumentalización de los recuerdos, pero al mismo tiempo fue una forma recurrente de intersubjetivación, que modeló la conciencia identitaria. Base fundante, a su vez, de la Política (razón colectiva que intenta desenvolver los objetivos compartidos de la comunidad). Todos los pueblos antiguos se 'civilizaron' desarrollando una razón identitaria y política, anidada en un conjunto de relatos circulantes (los *epos*), de fuerte permanencia en el tiempo, que usualmente operaron como fundamento supremo de la acción colectiva. De aquí la importancia jerárquica adquirida por los conservadores y reproductores de esos relatos (viejos y poetas de tipo homérico, "weupifes" en el caso del pueblo mapuche).

Los fundadores de la ciencia histórica propiamente tal (Heródoto, Tucídides, Polibio, Tito Livio, etc.) no hicieron otra cosa que recoger, de la oralidad identitaria, los relatos estratégicos, y ponerlos por escrito, fundando, con ello, la metodología clásica de la historia oral. Como leales transcritores de los *epos* de sus pueblos respectivos, esos historiadores se constituyeron en *logógrafos* (es decir: en escrituradores del logos comunal del pueblo), y es evidente que su función, inicialmente, consistió en reforzar, mediante la objetivación material de la escritura, la perpetuidad de los contenidos identitarios de su memoria social. En este sentido, la Historia surgió para consolidar los circuitos orales que constituían la identidad y la política de los pueblos antiguos. Pues lo relevante para su memoria social no era la escrituración como tal, ni la archivística como tal, ni la conservación impoluta del pasado, sino las decisiones oralmente consensuadas y la acción colectiva de la comunidad (polis), que dependían del mantenimiento 'adecuado' de las tramas identitarias de su memoria.

Los historiadores romanos (Tito Livio y Polibio, especialmente) fueron explícitos en señalar que sus transcripciones y relatos historiográficos avalaban las verdades sociales que circulaban oralmente, y que tenían como norte mantener y acrecentar "el poder y la grandeza de Roma". No estaban preocupados, pues, por establecer verdades en sí, objetivas y válidas en general, sino verdades 'políticas'; es decir: útiles al potenciamiento efectivo de la polis. Como factores dinámicos de la acción colectiva. Como instrumentos del 'logos' del pueblo. Es por ello que los trabajos de esos historiadores, aunque fueron *historio-gráficos* en lo formal (o sea: escriturados para la perpetuidad), en el fondo fueron *historio-lógicos* (pensados para mantener activo y potente el 'logos' su pueblo).

Se comprende que, en esta etapa fundante, la historia oral no se utilizó como una metodología deducida lógicamente del saber escritural, sino inmanente de la lógica del saber oral. No tuvo entonces —como tendría más tarde— ese ominoso rango de método 'auxiliar' del escrituralismo científico, sino el rango 'supremo' de presidir la

perpetuación de los intereses identitarios, de largo plazo, del pueblo. Porque la soberanía popular, más que escribir, habla. Y luego, actúa.

Sin embargo, la modernización del mundo occidental arrasó con la tradición logográfica. El Estado Moderno (originado en el derecho divino, dinástico, mercantilista o en la razón maquiavélica) atrapó y concentró en sí mismo el logos cívico de la polis, monopolizó la política y desintegró, una a una, las comunidades autónomas del pasado. El Capitalismo Moderno, por su parte, cosmopolitizó la vida social, descomunalizó la polis, e incentivó la individuación consumista de la ciudadanía. Los poderes modernos no dominaron el mundo basados en circuitos orales, sino en documentos escritos. El Estado, ahora centralizado y soberano sobre múltiples comunidades y naciones de diferente tradición y lengua, no pudo basarse en la horizontal oralidad común, sino en verticales dictámenes escritos. El Mercado, extendido por el mundo pero nucleado sobre unos pocos ‘centros de cuentas’, no pudo funcionar sin escriturar y archivar los giros y contragiros del dinero. La memoria social fue aplastada y arrinconada por la irrupción de la correspondencia mercantil, la archivística, la estadística, las filas de anaqueles y bóvedas subterráneas donde, agazapada, se cobijó la memoria ‘pública’ del Estado y del Mercado modernos. La filosofía y las ciencias, que hasta allí habían sido, sobre todo, dialógicas y peripatéticas, fueron trastornadas por la hinchazón de las bibliotecas y el silencio despótico de la lectura. Los libros obligaron a pensar otros libros. La letra, a yuxtaponer otras letras. La oralidad, arrojada en el suelo, se filtró a la alcantarilla. Y con ella, se arrojó también lo más vivo del logos comunal y soberano de los pueblos: la interacción cognitiva y política cara-a-cara.

Fue a fines del siglo XIX —apogeo del capitalismo liberal— cuando la Historia anunció pública y formalmente su conversión apostólica a la lógica escritural de los nuevos poderes. Eso fue lo que hicieron Leopold von Ranke y otros historiadores adictos al ‘documentalismo total’. Cementaron posiciones epistemológicas, diseñaron metodologías y juraron fidelidad a las verdades de tipo ‘objetivo’ (emulando las ciencias naturales). Al forjar al acero esas definiciones, creyeron sepultar para siempre las verdades ‘logográficas’. Es sorprendente que el mismo formalismo vertical y autoritario que caracterizó los centros de poder político y económico del modernismo liberal, caracterizó también los códigos científicos de la Historia documentalista, tal como fue ‘fundada’ neokantianamente, a fines del siglo XIX. Los métodos documentales y objetivistas de la Historia se convirtieron rápidamente en normas taxativas destinadas a excluir todo asomo de subjetivismo, toda expresión de logos individual o social espontáneo, toda otra verdad que no fuera la construida mediante la ‘disciplinada’ aplicación de ‘sus’ métodos. Se comprende que la Historia, así construida, no se transformó en matriz hormonal de la opinión pública, sino —junto a las restantes ciencias sociales— en su institutriz, conductora o correctora. O, si se quiere, en una forma usurpatoria de plagio y sustitución.

Fue un cambio radical. Una revolución epistemológica. E incluso —tal vez— una inversión copernicana de la soberanía, del logos y la política. La Historia abandonó el *epos*, la oralidad y la comunidad cívica, y se sentó a la diestra del poder centralizado. ¿Devino en una más de las ciencias del Estado? ¿En ‘otro’ agente camuflado del Mercado? En todo caso, la Historia asumió de lleno la labor funcionaria de sistematizar, redactar y difundir la enorme masa de datos de la memoria pública moderna. Se hizo letra y polvo en los archivos estatales, en cuyos vericuetos, enredada

con esa pálida muchedumbre burocrática de copistas, archivistas, catalogadores, conservadores, paleógrafos, etc., pareció olvidar la sangre y la furia de la historicidad viva: irremediabilmente lejos de la cambiante pero intensamente ‘viva’ memoria social (que no está atiborrada de ‘datos’ sino poblada de ‘recuerdos’).

Todos los modernos historiadores chilenos, desde Diego Barros Arana hasta Sergio Villalobos, de un modo u otro, fuimos formados en la draconiana historia documentalista. Que, desde el siglo pasado, ha clonado —en letra y tinta— la obra y gestas de los centros de poder público. Vayan ustedes a cualquiera Escuela de Historia de cualquiera universidad chilena, y encontrarán, por doquier, la misma tradición predominante. La misma multiseccular sospecha acerca de la historia oral. Acerca del logos popular. Sobre la soberanía cívica.

Hasta hace poco tiempo, no tuvimos otra alternativa.

III

La Historia, como ciencia, nació —como se dijo— confundida con la historia oral, pero al modernizarse no sólo se apartó de ésta, sino que también la repulsó y arrojó de sí. Con ello, arrojó también “el agua de la vida”, la historicidad misma: los sujetos de carne y hueso, la comunidad local, la oralidad ininterrumpida de la vida social, la sociedad civil, etc. Es decir: renunció al presente, cercenando así el plexo fundamental de la temporalidad. Tras jurar adhesión perpetua a la lógica escrita de los poderes modernos, por más de un siglo, la Historia se concentró más en sistematizar las redes de la dominación sistémica que las redes de la historicidad social. Aun hoy, de modo prominente, se sienta a la diestra de la dominación.

No fue pues la Historia sino los propios sujetos de carne y hueso los que reinstalaron la historia oral en el escenario académico: fueron los campesinos polacos que emigraron a Estados Unidos los que, por la *intensidad de lo vivido*, inspiraron a Thomas y Znaniecki su célebre estudio ‘oral’ de esa migración. Lo que les significó fundar, en los años veinte, la “escuela de Chicago” —la primera, la ‘buena’—, que, tímidamente, instaló una avanzadilla oral dentro de la mole escritural montada por la Historia, la Sociología y otras ciencias estructuralistas de la época. La avanzadilla se mantuvo en estado larvario, sin crecer ni desarrollarse: el estructuralismo cosmopolita dominante había transformado los sujetos y las comunidades en individuos-masa o en organizaciones rígidas. Pero un invento tecnológico (la cinta magnetofónica y la grabadora) creó un revuelo oral que, aunque no condujo directamente a recuperar la ‘soberanía’ que los sujetos, las comunidades y la sociedad civil habían tenido en el pasado, al menos repuso el ‘testimonio oral’ sobre el tapete de algunas ciencias y en el aire globalizado de las noticias. Podría decirse que, desde 1960, más que la revalorización de los sujetos y las comunidades, fue el perfeccionamiento tecnológico de los medios de comunicación de masa lo que puso en circulación, al lado del vértigo escritural, el nuevo estatus de la oralidad. De un modo u otro, la ‘resurrección’ de la oralidad tuvo lugar por referencia al concepto estadístico y estructural de ‘masa’ más que por la intención de rescatar o potenciar la soberanía de lo subjetivo.

Las ciencias sociales (la Sociología, la Antropología e incluso la Psicología Social) tendieron a desarrollar metodológicamente la nueva oralidad sacando provecho del avance tecnológico, pero conservando la estructuración neokantiana y modernista de sus disciplinas respectivas. La adopción, por tanto, de los métodos o técnicas

biográficas, de relatos de vida, historia oral y de otros similares, se realizó en la perspectiva de innovar o de modernizar, pero no de revolucionar. Sin cambio efectivo en los paradigmas académicos. Ninguna de esas ciencias renunció al ‘corpus teórico acumulado’ que constituía su polo central de referencia, y al cual, como a norte magnético, continuaron dirigiendo todos sus hallazgos, como testimonio de que el juramento de lealtad hacia la verdad general y objetiva —que gravitaba más allá del mundo revuelto de la vida— no sólo no había sido roto, sino que se había reforzado con el nuevo arsenal de instrumentos. De consiguiente, la nueva oralidad no consideró a los sujetos como sujetos sino como “informantes”; o sea: como meros portadores de ‘datos objetivables’ útiles para la ciencia. Como portadores de un ‘zumo esencial’ que podía ser exprimido mediante metodologías adecuadas y transportado escritural o estadísticamente al gran corpus central, desechando, como cáscara vacía, el resto no-esencial de los informantes. A saber: su subjetividad misma. Su paquete de recuerdos. Su memoria viva. Su historicidad. Su soberanía. Su futuro.

La nueva oralidad tuvo su *boom* académico: en casi todas las universidades norteamericanas y en muchas europeas, los métodos y técnicas de la historia oral fueron institucionalizados como cátedras y talleres y sus productos difundidos en revistas y más tarde en videos, algunos de las cuales alcanzaron gran difusión y venta. Bajo esta marejada de apariencia ‘oral’ prosperaron nuevos ‘géneros escritos’, nuevos estilos descriptivos y nuevos símbolos o representaciones, que oscilaron entre la literatura científica y la ficción romántica: historias de la vida cotidiana, relatos de vida, historias locales o regionales, historias testimoniales de grandes sucesos locales, teorías particularistas del desarrollo local, de la subjetividad, del lenguaje, etc. Todo eso de un modo tal, que da la impresión de que los poderes centrales, a través de las ciencias sentadas a sus pies, tuvieron a bien acoger, tan magnánima cuanto centralizadamente, la infinitesimal micro-particularidad de la vida, de los sucesos cotidianos y de... la modernidad. Así, la nueva oralidad insufló una segunda vida al viejo estructuralismo y al viejo modernismo. Con la única condición de que pasaran de lo macro a lo micro. De su gigantismo pasado a su liliputismo presente.

Los conceptos, sin embargo, no retienen ni detienen la vida, ni menos los sujetos. Y éstos, desde la misma década de los sesenta, no dejaron de romper los viejos y los nuevos esquemas académicos. Los reventones sociales se sucedieron uno tras otro: en Estados Unidos fue el caso del movimiento negro por los derechos civiles y del movimiento sindical encabezado por Hoffa; en Francia fue el reventón obrero-estudiantil de 1968; en Chile la fatídica asonada popular del 2-3 de abril de 1957, etc. La crisis mundial del fordismo, explotada en 1982, y el draconiano correctivo neoliberal recetado por el Fondo Monetario Internacional, desencadenaron en todo el mundo las llamadas *food-riots* (revueltas por hambre), que pusieron en jaque, simultáneamente, tanto a los poderes modernos como a los posmodernos. Si los poderes modernos hundían a los sujetos en la densa individuación del hombre-masa y los poderes posmodernos (neoliberales) en la pulverizada individuación del hombre-mercado, los movimientos sociales de los sesenta y más tarde de los ochenta revelaron que, por debajo de toda individuación decretada por los poderes centrales, los ‘sujetos’ permanecían fieles al sentido colectivo de la acción, unificándose de algún modo por utopías rápidas, imperceptiblemente orales (casi mudas) y por *epos* que aparecían, por lo común, después de su ‘abrupta’ acción (irrupción) conjunta.

La grabadora desencadenó el *boom* de la nueva oralidad en el mundo académico y en los *mass-media*, pero los reventones sociales fueron obligando a políticos y metodólogos a devolver, a regañadientes, el rango de ‘sujeto’ a sus exprimidos ‘informantes’. Y estimaron necesario y hasta urgente diseñar a toda prisa “entrevistas en profundidad” para aplicar a sujetos que ya no eran dóciles portadores de ‘datos’ objetivos, sino díscolos generadores de infecciones intersubjetivas como autonomía, movimiento social, soberanía, comunidad local, etc. La parsimonia científica perdió su majestad apolínea y arrastró los pies hacia el pasado. A sus fuentes y a su origen. A espaldas de su fe modernista. Pues los procesos de individuación —sobre los que descansaba, a fin de cuentas, esa parsimonia—, en lugar de disolver los sujetos en la misma vertical de su individualidad, terminaron potenciándolos horizontalmente como actores societales. Libres. Cualitativamente incontrollables. Cualitativamente históricos.

¿Cómo pudo ocurrir eso? ¿Cómo la individuación —destinada a matar a sujetos y comunidades— pudo girar sobre sí en 180 grados y volver sobre sus pasos transformada en imprevistas y atrevidas solidaridades a toda marcha?

Durante la década de los ochenta, en Chile —así como en casi todo el mundo— los procesos ya centenarios de individuación, al ser intensificados por el autoritarismo neoliberal, elevaron la presión a un nivel de ebullición, punto en el que los sujetos eludieron la presión individuante y escaparon en fuga lateral hacia *otros* individuos. Iniciando movimientos de reagrupación. Generando espacios de reencuentro. Echando mano del lenguaje, no para elaborar datos y conceptos, sino para intercambiar trozos de memoria, experiencias, percepciones, lazos intersubjetivos y *epos* colectivos de tiempo presente. Epos que no narraban las proezas de los antepasados, sino la gesta de la vida resistiendo al dolor, la tortura y la muerte. Pues en el salvaguardar la vida es cuando y donde reverbera en tono mayor la épica de los sujetos. Cuando estalla la antorcha de la subjetividad. ¿Cómo no recordar la gesta de la sobrevivencia? ¿Y cómo no recordar juntos el ‘triumfo’ de la vida? La derrota político-militar de los sujetos rebeldes —propinada a nombre de la individuación— envió a los derrotados, no por cierto a la anonadación total de su vida histórica, sino a su madriguera oral, intersubjetiva, donde no lloraron para siempre su derrota sino, a final de cuentas, el triunfo asociado de su sobrevivencia.

La ‘nueva oralidad’, inspirada por los campesinos polacos a Thomas y Znaniecki, por los pobres hispanoamericanos a Oscar Lewis y por la masa informante a los *mass-media* y a las ciencias modernizadas, fue así sobrepasada por los reventones de ‘baja oralidad’ que la instalación draconiana del modelo neoliberal gatilló en todo el mundo. Reventones que, desde las madrigueras mismas de los sujetos derrotados, acribillaron los escritorios de la modernidad liberal y neoliberal, obligándolos a reconocer la presencia y poder del ‘logos oral’ de la baja sociedad civil de todas partes. La ‘baja oralidad’ —cuyo estallido puede fecharse en los ochenta— ha sido la primera contra-marejada del logos popular tras siglos de adormecimiento bajo el dominio escritural de la modernidad. La única resurrección masiva del logos intersubjetivo en muchas décadas. El único movimiento que tiende a utilizar directa e *históricamente* la ancha panoplia de las ‘metodologías’ orales.

En Chile, la primera manifestación sistemática de ese movimiento ocurrió en Chiloé, hacia 1986. Respondiendo a un extraño instinto horizontal, las comunidades

chilotas sintieron que debían narrarse a sí mismas las historias que constituían su identidad. Como que había llegado para ellas el tiempo de reconocerse, de nuevo, como comunidades. El obispado de Ancud captó esa inquietud y promovió la investigación. Y todos fueron preguntando y todos fueron entregando, oralmente, el testimonio de sus recuerdos, sin intervención de historiadores académicos. Y todos, como por un instinto ancestral, supieron ser sus propios logógrafos.

IV

Al llevar la individuación al punto límite de fusión societal y al mantener constante la ebullición, el poder neoliberal, como el aprendiz de brujo, abrió la Caja de Pandora, y ahora no sabe cómo cerrarla. De este modo, las reagrupaciones y redes de emergencia, pensadas para la sobrevida, fueron remachándose en la memoria. Formando experiencia social. Recuerdos de autonomía. Ensanchando los procesos laterales de microasociación. Endureciendo, por tanto, las actitudes de indocilidad y rebeldía. Permitiendo a los sujetos paladear en extensión y profundidad las posibilidades de su subjetividad e intersubjetividad. Tanto, que los técnicos del Banco Mundial anunciaron, *urbi et orbi*, el descubrimiento más importante de la modernidad tardía: la elasticidad a toda prueba del “capital social”. La “resiliencia” a toda prueba de la vida social tensionada al máximo, que es capaz de producir un “plus” de resistencia, trabajo, acción y poder más allá de toda relación matemática insumo-producto o costo-beneficio. Tanto, que juzgó no haber mejor antídoto contra la pobreza que una sabia asociación contractual entre una minimizada “inversión social” del Estado Neoliberal y una maximizada “resiliencia” del capital social de los pobres. Si la individuación maximizada no produjo una mayor individuación —como esperaban los brujos liberales—, sino la irrupción sorpresiva del capital social, la tendencia ha sido no insistir en la individuación sino en cooptar y utilizar el capital social. Lo que implica abrir un frente (limitado) de fomento a la asociatividad y participación ciudadanas. Lo que implica a su vez reconocer la importancia de ‘lo cualitativo’, la ‘oralidad’ y del ‘logos’ propio de la sociedad civil.

¿Se está abandonando la vieja estrategia escritural de proceder a la individuación infinita de los sujetos? ¿O se sigue haciendo lo mismo, pero ahora con métodos científicos y políticos propios de ‘lo oral’? ¿O es que, derrotado por la empecinada resistencia microasociada del “mundo de la vida”, el modelo neoliberal está transando (forzadamente) con los sujetos de carne y hueso y con toda su cohorte societal de energías ciudadanas?

De cualquier modo, las primitivas madrigueras orales de encuentro y resistencia (tan típicas de los años ochenta) están dando paso a un proceso de reestructuración o refundación societal del *espacio público*, en el que tiende a primar el logos horizontal, el peso oral de la opinión pública y la soberanía de la sociedad civil. En Estados Unidos, las comunidades locales, reanimadas, exigen por doquier “reinventar el gobierno local”, en el sentido de dar mayor participación a la masa ciudadana. Nuevos movimientos de tipo comunitarista aparecen en varios países desarrollados. En los países del antiguo Tercer Mundo, diferentes movimientos de raíz localista se mueven con autonomía del sistema político central y al margen de los partidos, mientras construyen una ubicua pirámide ‘sociocrática’ de poder. En Chile, la crisis de representatividad de ese sistema y la inundante despolitización de la masa ciudadana han hecho inevitable introducir —en el discurso oral— conceptos reñidos con la

instalación escritural del neoliberalismo (patente hoy en el tenso debate sobre el alcance nacional o internacional de las normas legales inscritas en la Constitución de 1980 y en otras leyes posteriores). ¿Cómo entender la contradicción existente entre la textualidad escrita (individuadora) del modelo, y el discurso oral que, hablando de sociedad civil y participación, intenta hoy legitimarlo? ¿Cuál de los polos de esta contradicción está, históricamente, en los hechos, sobreponiéndose al otro?

De cualquier modo, sea por la elasticidad resiliente de la socialidad intersubjetiva —cristalizada en el concepto de “capital social”—, o por la desescribiración oportunista de la política neoliberal, la ‘baja oralidad’ emergió para quedarse. Y no como esa vieja y quebrantada ‘oralidad para masas’ que brotó desde arriba en la época del fordismo, sino como esa oralidad participativa que brotó de los reventones sociales de los ochenta. Que no fue ni es, tampoco, esa ‘nueva oralidad’ que los académicos de esa misma época fordista desarrollaron como método para estrujar zumo teórico de sus masificados ‘informantes’.

La actual situación amerita considerar ‘lo oral’ de un modo distinto. Más histórico y menos sociológico o antropológico. Más social y menos político. Desde abajo y no desde arriba. En función de “gobernanza” y no de “governabilidad”.

V

Nuestra experiencia personal con la historia oral se desarrolló marcada por la siguiente situación: hacia 1988–89 era evidente que los métodos cualitativos (entrevistas, grupos de discusión, *focus groups* e intervenciones sociológicas) estaban siendo aplicados a la masa poblacional conforme la más pura lógica de la ‘nueva oralidad’. Es decir: utilizando a los pobladores como informantes u objetos de intervención. Utilizando la información reunida para engrosar los cúmulos teóricos de cada ciencia, o perfeccionar los escenarios posibles de la transición política de la dictadura neoliberal a la democracia neoliberal. O para inducir conductas adecuadas en la masa social a objeto de ‘demostrar’ hipótesis de conveniencia política. O para ‘ilustrar’ algunos paradigmas heroicos de lucha. Y así como los políticos neoliberales consideraban al poblador como un mero receptor de beneficios (“beneficiario”), así el cientista neoliberal usaba a ese mismo poblador como mero productor de datos (“informante”). Mientras todos ellos se beneficiaban con una cuota mayoritaria de la ayuda social extranjera. Para los pobladores, la política y la ciencia daban lugar a un ‘turismo’ de paso que pasaba sobre ellos y sobre sus problemas e identidades, del que pronto terminaron por cansarse: los datos no volvían. Los entrevistadores tampoco. Los políticos, casi nunca. ¿Quién no fue a la Población La Victoria o a la Villa Francia a nutrirse de datos, de mística o a ofrecer proyectos? ¿Cuál fue el impacto real de la ‘nueva oralidad’ practicada por los científicos sociales domiciliados entonces en las ONG? ¿Cuánta de esa nueva ciencia devino política pública y cuánta de esa política pública resolvió de veras los problemas de esas villas y poblaciones?

Era evidente que, hacia 1989, los pobladores estaban, ya, desencantados. No querían más entrevistas. Ni más historias de vida o talleres orales: ¿quién estaba negociando con quién? Como si fuera poco, tres años después, la transición daba muestras evidentes de que el nuevo Estado no operaba, siquiera, como las desfallecientes ONG. Que, a decir verdad, ni siquiera estaba interesado en hacer ‘turismo local’ (“por La Bandera, y por La Legua”). Que su interés estratégico planeaba

sobre los amplios espacios mercantiles de la globalización más que sobre las densas madrigueras orales de los “bolsones focalizados de la pobreza”. Estaba claro que los reventones sociales de los ochenta, que pusieron en jaque a la dictadura neoliberal forzando la transición y que reinstalaron en los ‘escritorios’ la oralidad y acción soberanas de los sujetos, estaban siendo políticamente olvidados y devaluados en los noventa, como efecto de la pesada escrituralidad fundacional de la Constitución neoliberal de 1980. Que fue la que en definitiva inclinó la balanza dentro de la ‘transición’.

Hacia 1992 era ya visible para todos el abandono y aislamiento de los sujetos. Sobre todo, de aquellos que, en la década anterior, habían hecho notar patentemente la épica de la subjetividad. Mi pregunta fue, entonces: ¿cómo hacer para que, por *lo menos*, la ciencia se quedara al lado de esos sujetos? ¿Cómo hacer ciencia de su abandono? ¿Cómo trabajar la ‘baja oralidad’ en el sentido de potenciar, desde sí misma, el “capital social” que hoy procura capitalizar para sí el Banco Mundial? ¿Cómo trabajar la historicidad de los sujetos en el punto preciso en que desafiaron la dominación escritural de los poderes modernos, restableciendo en los hechos la olvidada pero clásica soberanía comunal de la sociedad civil?

VI

La primera regla metodológica para una opción científica centrada en el sujeto debía ser, sin duda, ‘quedarse’ al lado de él. Permanecer allí, a todo trance, contra viento y marea. Y no sólo permanecer allí, sino ‘seguirlo’. Ir con él, donde quiera que fuera. Y, deseablemente, no sólo quedarse al lado o ir junto a él, sino, también, instalarse ‘en’ él. ‘Ser’ él mismo. En otras palabras: devenir en su propio ‘logos’. Encarnarse como un mismo soplo. O, más simple, subjetivarse en él.

Eso equivalía a invertir las prácticas de la ‘nueva oralidad’: no estrujar al informante para llevarse los datos, *sin volver*, sino traer la metodología recreándola con y en el sujeto, para hundirla en él, *sin salir*. Si lo primero equivalía a anular la condición de sujeto del informante para potenciar el corpus general de la ciencia, lo segundo equivale a diluir la condición de científico para potenciar el logos social de los sujetos. En el primer caso, la ciencia se iba con los datos, para volver convertida en política pública y dominación. En el segundo, la ciencia se queda potenciando el logos subjetivo e intersubjetivo para salir convertida en acción social y poder. La verdad, en el primer caso, necesitaba ser ‘objetiva’, para ser, primero, teoría, y, después, dominación. En el segundo, necesita ser, constantemente, un principio subjetivo para la acción social e histórica eficiente. Para un ejercicio pleno, de libertad y productividad. La primera, se ‘impone’ políticamente desde sí misma. La segunda, se ‘construye’ socialmente, en los hechos.

¿Cómo llevar esa regla metodológica mínima a la práctica? Sin duda, era preciso trabajar con el principio motor de los sujetos: su ‘experiencia’. Su memoria histórica. Que son (o es) las que presiden, regularmente, sus decisiones, actitudes y conductas. Las que contienen los elementos constitutivos, pasados y presentes, de su identidad. O de su proyecto de existencia. La experiencia subjetiva (o memoria histórica) es en todo momento ‘social’ e intersubjetiva, y opera como un principio dinámico que cambia y se acomoda para presidir y justificar la conducta. De ser así, esa experiencia o memoria no sólo podía ser trabajada para exprimirle uno a uno sus recuerdos, como

si fuera un saco lleno de ‘datos’, sino también en función de su propio rol *dinámico*, como flexible promotor de conductas. Como capital social potenciabile y repotenciabile. O como una batería histórica susceptible de ser cargada y recargada. Cabía plantearse la hipótesis de que si la experiencia o memoria operaba como ese promotor de conductas, entonces era posible plantearse también la posibilidad de incrementar su *rendimiento* en ese sentido. O sea: su desempeño histórico. Su trabajo efectivo en la línea de historicidad del o los sujetos. Como sujeto individual y/o como grupo, red, asociación o comunidad.

Si los poderes centrales incrementan su rendimiento de dominación sistematizando su pasado y reflexionando sobre él (que es la función oficial de ‘la’ Ciencia Histórica), ¿por qué el sujeto individual o los grupales no pueden hacer lo mismo, para existir mejor, para rebelarse o, incluso, para dominar? La memoria social es, sin duda, un instrumento dinámico esencialmente perfectible. Entre otras cosas, porque es abigarrada y cambiante. Recordar es un ejercicio espontáneo de libre albedrío que todo sujeto, día a día, realiza conforme le parece mejor y en función de su interés coyuntural. Nadie lo obliga a hacerlo sistemáticamente. Pero todo indica que, en tanto ejercicio productor de presente y futuro, podría y hasta cierto punto debería ser sistemático. Que puede y debe, en ciertas circunstancias, hacerse de modo riguroso y metodológico. No en términos de una intervención externa o de un despliegue disciplinante de dominación (*á la* Foucault), sino como un ejercicio autopoietico, como una auto-proyección histórica con capacidad para “producir realidad exterior”. Pues, ¿qué ocurre cuando los sujetos no tienen organizados sus recuerdos para la acción, sino más bien para la inacción? ¿O cuando no los tienen organizados, o sólo de manera defectuosa? Lo normal entonces es que esos sujetos no dominen su propia experiencia, ni puedan construir en torno a ellos la realidad que quisieran. ¿Y qué ocurriría si una memoria subjetiva caótica o maniática es reorganizada en términos de un principio historiológico para la acción? ¿Podría aumentar su rendimiento ‘productivo’?

Quisimos experimentar estas ideas en la práctica. Y lo hicimos no una, sino muchas veces. En ocasiones, de modo directo y personal. En otras, a través del trabajo de ayudantes, tesisistas o de alumnos. Es imposible exponer aquí todos los resultados, caso a caso. Ni convendría ‘teorizar’ en general sobre ellos. Bástenos exponer un par de experiencias, realizados ambas por tesisistas que operaron ‘esta’ manera de entender la ‘historia oral’. A través de una de ellas se logró aislar, de modo patente, la naturaleza del “capital social”. A través de la otra, se pudo apreciar la capacidad de los sujetos para sistematizar su memoria histórica y rectificar su relación con el mundo.

La primera experiencia la ha estado realizando en la comuna de Cerrillos, desde hace casi tres años, Graciela Muñoz, como proyecto central de su tesis de Maestría en Ciencias Sociales (Universidad ARCIS). Se trata de un estudio de la historicidad de los pobladores que ocuparon y compraron los terrenos baldíos que se denominaban Parcela 21, donde diseñaron y construyeron por sí mismos sus casas, calles y el equipamiento urbano básico (agua, luz, canchas, etc.). En su mayoría, eran chacareros de la zona, que fueron desplazados por la crisis económica de comienzos de los años setenta. Es notable que su cultura original se aplicara al momento de autogestionar su nuevo emplazamiento: los sitios que trazaron fueron amplios para dar lugar al cultivo de pequeñas chacras, de animales, a la construcción de ladrillos, etc. Cabe precisar que la Parcela 21 estaba siendo destinada a la extracción de áridos

cuando fue comprada por los ex chacareros. De modo que todo su perímetro estaba lleno de hoyos, que fueron usados por los camioneros, clandestinamente, como vertederos de basura. En el centro de ese círculo de hoyos y basurales, la Parcela 21 surgió como una isla, de la cual sólo se podía salir por un estrecho y polvoriento camino. En apariencia, la Parcela era una nítida expresión de la extrema pobreza urbana.

Graciela llegó allí con la expresa recomendación de entrar para ‘quedarse’ (en el sentido relacional, no físico). Se dio a conocer y explicó su proyecto. Miró, observó, preguntó. Realizó múltiples entrevistas, la mitad para saber de la historia de la población, la mitad para saber (en profundidad) de las historias de vida de sus pobladores. Pernoctó en sus casas, para saber de su vida cotidiana. Realizó encuestas. Confeccionó la cartografía del tráfico de personas, para determinar los espacios públicos, comunales y privados. Interesó a los pobladores en investigar su propia historia, a cuyo efecto organizó un Taller de Historia que trabajó más de 20 sesiones a fin de ‘concordar’ un texto básico, que recogiese los hechos y recuerdos más importantes. El texto dejó a la vista la presencia de una ‘comunidad’ con capacidad para ‘producir’ la realidad que deseaba a su alrededor. Los pobladores tomaron conciencia de ello, y conscientes de ello plantearon con fuerza sus demandas al Ministerio de la Vivienda (que quería erradicarlos por tratarse de terrenos blandos, de relleno, inadecuados para viviendas sociales). La investigación —convertida en autoinvestigación— se proyectó como planificación de la lucha ‘contra’ el Ministerio. La lucha consistía, sobre todo, en que la comunidad quería seguir siendo comunidad. Que, si tenía que ser erradicada, tenía que serlo “como comunidad”, y radicada como tal en su nuevo emplazamiento.

El hallazgo principal del trabajo de Graciela fue el hecho de que la comunidad de la Parcela 21 no sólo sabía construir casas, canchas, ladrillos y materiales de construcción, sino también actuar como comunidad con respecto a sí misma: podía acordar y vigilar su propia conducta, educar a sus hijos, dosificar el trabajo y la sociabilidad. El resultado concreto de ello fue la absoluta ausencia de alcoholismo, droga y delincuencia dentro de la población. Los niños y niñas jugaban en la calle hasta las 10 u 11 de la noche, sin luz, reconociéndose sólo por sus voces. De un modo u otro, todos se sentían tranquilos, confiados, felices. Los jóvenes buscaban pareja fuera o dentro de la población, pero vivían como allegados dentro de las espaciosas casas construidas por sus padres. Todos apreciaban por sobre todo la seguridad y la convivencia. La gente dialogaba permanentemente entre sí, dentro de sus casas y fuera de ellas. Una densa red oral unía por dentro y a lo ancho y largo, la Parcela 21.

Graciela ‘entró’ también en la vecina Villa Los Presidentes, que había sido construida para distintos grupos de erradicados. Era preciso mirar la Parcela 21 desde dentro y desde fuera, desde sí misma y también comparativamente. La Villa Los Presidentes es una población heterogénea, sin historia común, sin organizaciones vecinales estables. Hay alcoholismo, drogadicción y delincuencia, razón por la que los pobladores se sienten inseguros. Todos tienden a refugiarse en sus casas. A las niñas se les prohíbe salir. No hay grupos mixtos de niños jugando en las calles. Las redes orales están fragmentadas, aprisionadas puertas adentro. Nadie está seguro de poder construir, puertas afuera, la realidad que desean.

Graciela descubrió pronto que la conciencia histórica de los pobladores de la Parcela 21 no era sólo orgullo de pasado o confiada alegría de presente, sino también actitud de lucha hacia el futuro. Ella fue invitada a participar en esa lucha. Lo hizo. Y se triunfó: a fines de 1998, los pobladores fueron instalados, como comunidad, en una villa próxima a la de Los Presidentes. Pero no fueron los únicos: había también otros grupos. Graciela —que es ya una amiga reconocida por todos— recogió sus actuales sentimientos: “estamos inseguros, porque en las manzanas vecinas hay drogadicción y delincuentes; hemos perdido nuestra seguridad, la posibilidad de tener chacras, animales, de hacer ladrillos; los niños no juegan en las calles sino dentro de las casas...”. ¿Cómo seguirá la lucha de la comunidad autoformada en la Parcela 21? ¿Prevalecerán sobre ella los poderes de la individuación? ¿Corroerá la inseguridad callejera los lazos comunitarios tejidos desde dentro? Esto, aún no puede saberse. Lo que Graciela sí sabe es que, por ello mismo, es preciso quedarse junto a ellos...

Edith Rebolledo trabajó por más de dos años la historia de vida de Sara, una pobladora de Peñalolén. Era su tesis de Licenciatura en Sociología (Universidad ARCIS). Como Graciela, su desiderátum metodológico fue permanecer junto a Sara y lograr que Sara asumiera por sí misma la investigación. Edith la conoció en un taller de desarrollo social y quedó impresionada por su fuerza y laboriosidad. Y más aún por su asertividad. Sara era la mayor de doce hermanos, con un padre alcohólico y una madre enferma. Pronto Sara tuvo que hacerse cargo de todos sus hermanos. No pudo estudiar. Se vino a Santiago sólo cuando sus hermanos estaban crecidos. Fue obrera, empleada doméstica. Se casó, y como madre y dueña de casa, trabajó en las ollas comunes y luchó contra la dictadura. Asistió a cursos, se desarrolló como mujer y líder vecinal. Devino pronto en un prototipo de la “nueva ciudadanía”. Llegó a tener un cargo directivo en la organización metropolitana de pobladores y una visión clara de las luchas sociales. La crisis de los ochenta la endureció y agrandó. A su marido, en cambio, la crisis lo marginalizó y destruyó: se hizo alcohólico. Sara lo echó de su lado y se quedó con la casa y los hijos. Después de 1990, con el cambio de régimen, Sara se hizo una exitosa microempresaria, lo que transformó a sus ex camaradas de lucha en sus asalariadas. La democracia le significó a ella no continuar desarrollando su liderazgo solidario sino su calidad de patrona, empresaria, y su habilidad para operar en el mercado. El modelo neoliberal, a la larga (o sea, en su fase democrática), deterioró su resiliencia subjetiva, su capital social interior, incluso su microcomunidad familiar.

Edith entrevistó a Sara en profundidad, dos, tres, diez veces: se hicieron amigas. Sara asumió su papel de co-investigadora. Pero Edith entrevistó en profundidad, también, al marido de Sara, a su madre, a sus hijos, a sus ex camaradas, a sus ‘socias’ en la microempresa, etc. Edith recorrió todos los vericuetos de la red social, cartográfica, de Sara. Pronto quedó a la vista que la trayectoria histórica de Sara, luego de ir en ‘alza’ (o sea, con fuerte capacidad de producir realidad a su alrededor), ingresó en un ciclo de ‘baja’ (con decreciente capacidad para controlar las resbaladizas relaciones de mercado). La dictadura neoliberal había fogueado la identidad comunitaria de Sara, pero el mercado protector de la democracia neoliberal deterioró esa identidad y la reemplazó por una incipiente crisis ética, familiar y política. La amistad (y la investigación) entre Sara y Edith se tensó, al pasar sobre los baches de esa crisis. La investigación comenzó a descubrir terreno de fondo, pedregoso, hiriente. Edith enfrentó una duda: ¿debía continuar junto a Sara? Por un tiempo, se apartó. Pero la reflexión historiológica de Sara siguió su propio curso. Tras un tiempo, la

llamó: “No puedes irte, el trabajo hay que continuarlo”. Sobre todo, porque ahora era más complejo, puesto que la democracia era un ‘enemigo’ más solapado y sibilino.

Edith terminó su tesis. Dio su examen final. El “trabajo” de ambas es ahora más esporádico, pero Sara, con una visión —según ella— enriquecida, lo continúa...

VII

Es evidente que la ‘historia oral’ que se instala junto al sujeto para que éste potencie su logos histórico plantea una serie de problemas epistemológicos, metodológicos y éticos.

Un problema de tipo epistemológico es, por ejemplo, si el rango de ciencia se pierde por el hecho de instalarse como un dispositivo interno de las relaciones sociales cotidianas entre sujetos (o cuando el investigador se transforma en sujeto cotidiano durante el proceso de ‘trabajo’). Problema que puede ser irrelevante si se plantea lo inverso: si el rango de sujeto cotidiano se pierde por el hecho de recordar (y actuar a partir de los recuerdos) de manera sistemática y metodológica. En el fondo, el problema radica en si los ‘roles’ e ‘identidades’ de investigador e investigado pueden intercambiarse o integrarse, para beneficio de ambos. Para ‘socializar’ (o democratizar) el proceso científico. Y para incrementar por esa vía la eficacia de la productividad subjetiva e intersubjetiva.

Un problema de tipo metodológico podría ocurrir si las ‘mentiras’ subjetivas, por ejemplo, pueden inundar y determinar el relato acordado entre los concurrentes a la investigación (relato que puede ser verbal o escrito, en prosa o verso, en letra o imagen, cerrado o abierto, etc.), lo que puede ser facilitado por el lazo de amistad que habitualmente surge entre esos concurrentes. Pero este problema sólo es relevante si esas ‘mentiras’ reducen la eficiencia de las (buenas) acciones del sujeto, y si se han realizado entrevistas sólo al sujeto protagónico. Si la verdad objetiva es levemente ‘adaptada’ para incrementar la eficacia en la acción subjetiva, entonces el problema es menor (en este método, la verdad objetiva no es draconianamente impositiva). Y si el investigador entrevista no sólo al sujeto protagónico sino al máximo de sujetos instalados en su red social fundamental, entonces la mentira ‘grave’ puede ser descubierta, rectificada y eliminada. Cabe señalar que la verdad subjetiva debe completarse con la verdad intersubjetiva, social y refleja de cada sujeto protagónico. No existen ‘individuos’ desocializados, fuera de toda red. Y menos para la historia oral historicista.

Un problema de tipo ético puede presentarse si se estima que la historia oral así entendida es una ‘intervención’ y una posible manipulación del sujeto estudiado. Que esto puede reproducir el verticalismo de la ciencia social neokantiana, estructuralista y fordista. El punto es, sin duda, debatible e interesante. Pero la cuestión es: en una relación microasociativa entre sujetos, la posible influencia de un amigo sobre otro —ejercida en función de esa amistad—, ¿es legítima o ilegítima? Cuando los sujetos, en el momento en que la dominación sistémica aumenta a niveles críticos, se unen entre sí solidarizando unos con otros, influyéndose mutuamente a partir de sus (comunes) experiencias respectivas, ¿es esa solidaridad legítima o ilegítima? Parece claro que la solidaridad entre sujetos es un sistema de ida y vuelta de influencias recíprocas. Que es precisamente de esta red de influencias recíprocas de donde brota la elasticidad de

la vida y la resiliencia del capital social. Si esto es así, ¿por qué —entonces— no trabajar esa red metodológicamente? ¿Por qué no hacer de ella un ‘trabajo’ científico social?

Tanto más, si el grueso de la baja sociedad civil chilena parece haber hallado en esa red un sustituto más atractivo y ventajoso que la ya vieja y gastada pócima de disciplinarse bajo las normas escritas del mismo viejo sistema de dominación. Cuando la ‘baja oralidad’, en todo el mundo, explora caminos laterales plenamente sociocráticos para disputar con el modelo neoliberal la adecuada producción de la realidad circundante. Pues no hay duda de que está en desarrollo un nuevo conflicto, en el que cada vez más sujetos deciden acompañarse entre sí para no ser, de nuevo, vencidos.

Macul, enero de 1997 (versión oral)

Providencia, enero de 1999 (versión escrita)



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2007